

## Schiller y la invención del idealismo<sup>1</sup>

La época en la que vivió Johan Christoph Friedrich Schiller (1759-1805) fue, como todas, una época difícil, violenta, convulsa; pero también un tiempo de asombrosa creatividad en todos los ámbitos del saber humano. El desarrollo de la Ilustración alcanzó su punto álgido en sus años de madurez; la revolución francesa, los primeros intentos de restauración, el imperio napoleónico, y, sobre todo, la explosión de la cultura alemana: Kant, Herder, Hegel, Schelling, Fichte, Hölderlin, Goethe, von Arnim, Cotta, Hamann, los hermanos von Humboldt, Kleist, Körner, y un sin fin de nombres más que dibujan los enormes contornos de los sesenta años más impresionantes de la historia del pensamiento alemán y por ende europeo. Esta es la época de Schiller, de la que tanto hemos heredado que nos ofrece con una presentación apetitosa la obra que comentamos.

Indudablemente, Friedrich Schiller, amigo íntimo de Goethe y una de las cumbres de la literatura euro-

pea, es una muy buena elección para poder realizar con garantías la tarea que esbozábamos: comprender una época, descifrar un autor en sus entrañas, descubrir qué nos queda y a qué nos desafía. Con todo, a pesar del acierto en la elección de la época y del autor, hay limitaciones en un ensayo de tales características. Siempre que se elige un enfoque que permita encuadrar en su momento histórico un autor su pensamiento, se toman decisiones que resultan discutibles. Decisiones que afectan a lo que se menciona, también a lo que se calla, bien por ignorancia bien por opción. En todo caso, parece que Safranski ha logrado —en ocasiones con una prodigalidad un tanto excesiva— reflejar toda una época en Alemania, las influencias sobre el autor, sus respuestas a ese su ambiente, la génesis y el desarrollo de su pensamiento, diseñado, quizá como casi todos, para suplir, contentar, satisfacer o al menos enunciar las carencias con las que la naturaleza ha tenido a bien adornarnos.

Se trata entonces de presentar a Schiller y a su tiempo, que es el del idealismo y el encuentro entre filosofía y literatura en un período en el que ambos modos de escritura no estaban tan alejados. Es cierto que cada uno de ellos no tardó en recorrer sus propias sen-

<sup>1</sup> *A propósito de la obra de Rüdiger Safranski, Schiller oder die Erfindung der Deutschen Idealismus. München, Carl Hanser Verlag, 2004, 560 pp.*

das, pero también que sus esporádicos encuentros han resultado enormemente fecundos. Con toda probabilidad tenga razón Thomas Mann cuando afirma, en su ensayo sobre Schiller, que el autor de *Guillermo Tell*, *Wallenstein*, *Los bandidos* o *Don Carlos*, ha sido más glorificado que leído. Quizá también George Steiner<sup>2</sup> se hace eco de esta realidad cuando enumera y hace recuento de sus ediciones y representaciones en los últimos años del pasado siglo para llegar a la misma conclusión. Es indiscutible que Schiller sea un clásico, lo que no garantiza que su frecuentación sea la que cabría esperar en un autor de su talla. Y esto que cabe decir con respecto a su poesía, a su teatro o a sus narraciones, no se ajusta sin embargo a lo que ha sucedido con sus textos más marcadamente filosóficos, dedicados sobre todo a cuestiones de estética, que han seguido siendo leídos, comentados, estudiados y publicados porque son una referencia fundamental en la filosofía del arte desde entonces.

Tres ingredientes al menos dan cuerpo a la estructura del pensamiento de Schiller sobre el arte. El primero de ellos es la postura

que desde tiempo inmemorial se conoce como «idealismo» y que en la Alemania de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX adquiere una poderosa personalidad filosófica. Idealismo significa aquí una postura de rebeldía frente a la realidad, mejor dicho, un no aceptar que el actual estado de cosas sea definitivo, y una confianza radical en las ideas y en la razón encaminadas hacia un absoluto que se construye a sí mismo en y a través de la historia. Es el triunfo del pensamiento sobre la naturaleza, el descubrimiento de la capacidad humana para transformarla sin aniquilarla. Como bien señala Safranski, este es el idealismo de Schiller: cuando las cosas y los humanos llegan hasta sí mismos y representan el luego de su vida en la forma plena, acabada y completa de sus posibilidades y de su vivacidad.

El segundo ingrediente es el arte, que Schiller lleva un poco más allá de donde lo hizo llegar Kant. Schiller no necesita a Kant para decidirse por el arte. Pero sí necesita a Kant para poder comprender mejor su propio entusiasmo artístico. Aborda la lectura de la *Crítica del Juicio* justo antes de enfrascarse en la redacción del *Wallenstein*, y descubre una de las insuficiencias del planteamiento kantiano. Kant presenta la belleza como un sentimiento, al menos

<sup>2</sup> Nos referimos aquí a su comentario publicado en el Cultural Blanco y Negro, del periódico ABC correspondiente al número 277, de 22 de enero de 2005, titulado «La literatura del pensamiento».

como una sensación que pone a lugar en libertad a la imaginación. Tal es el universo estético en el que Schiller comienza a desarrollar no sólo su arte, sino su pensamiento sobre el arte. Le añadirá la capacidad de educar, de enseñar, la exigencia del crecimiento moral del ser humano. Kant no ha ido lo bastante lejos, porque no dice nada de la belleza objetiva (y dado el enfoque que Kant adopta en su filosofía crítica, tampoco podía decirlo, como tampoco aporta objetividades con respecto al conocimiento ni a la ética—limitaciones propias de un pensar sobre las condiciones de posibilidad del sujeto—). Schiller introduce en el arte la libertad y una evidente función política: el arte educa, forma determinado tipo de personas, es capaz de ayudar a gestar ciudadanos.

El tercer ingrediente, es que Schiller ensaya con éxito notable un fértil maridaje en el que los grandes temas de su tiempo (libertad, voluntad, razón, arte, humanidad) se asientan sobre lo mejor que le ofrece la filosofía para dar lugar a obras de arte. Schiller introduce esos temas en la filosofía para poder crear. Convierte sus búsquedas en objeto de reflexión compartida con Goethe, cuya amistad le sirve de acicate al tiempo que también espolea al genio de Weimar. Schiller es un hombre

de pasiones, un escritor que trabaja desde sus convicciones y sus búsquedas, lo cual le obliga a bruñir y pulir constantemente el lenguaje. Ernst Bloch destaca el *pathos* de su escritura y manifiesta la convicción de que lo revolucionario de su obra radica precisamente en la emoción; así se refiere a él como «genio» y «sol» del lenguaje. De todo el elenco de temas que le ofrece su época, Schiller desarrolla, combinando los dos primeros el tema de la libertad. La libertad es expuesta como órgano de la voluntad y caracterizada en sentido creativo, es decir, como un actuar sobre cosas y personas según la medida de Ideas, Propósitos y Conceptos. Así surge una actividad literaria de corte «idealista» en el sentido mencionado antes, que a su vez ampara y prepara lo que será el texto conocido como *System Program*, y que atribuido a Hölderlin, Schelling y Hegel se considerará como el manifiesto programático de la corriente filosófica que merece el nombre de idealismo.

Este tercer ingrediente es el que con mayor dificultad presenta Safranski en el texto que comentamos. En ocasiones se pierde en prolijos acercamientos a cuestiones completamente secundarias en el crecimiento intelectual de Schiller, y otros

asuntos de mayor envergadura que requerirían un tratamiento más pausado, quedan ensombrecidos por la brevedad con la que son mencionados. En esto coincidimos con la opinión de Steiner referida a los últimos años del autor, los que se despliegan tras el éxito del *Wallenstein*.

Safranski utiliza un esquema ya conocido por los lectores de sus anteriores libros. Propone al autor del que se trate una serie de diálogos con los personajes de su época. Una especie de intento de reconstrucción de los procesos seguidos por el autor para la elaboración de su pensamiento. Intentos en ocasiones muy logrados y en otras no tan airosos. Así como en su texto titulado *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, o en su biografía sobre Heidegger *Un maestro en Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*, nos brindó unos notables ejemplos de biografía intelectual, en esta ocasión se tiene la sensación, en algunos momentos de la lectura, de que el biógrafo bucea en las entrañas del biografado como si pudiera reproducir los procesos interiores que dieron lugar a tales o cuales posiciones, creaciones, decisiones o problemas sin un apoyo documental tan rico como la reconstrucción que se nos ofrece. A mi juicio este pudiera ser el talón de Aquiles de

esta biografía, que, sin duda, merece una atenta lectura y realiza aportaciones incuestionables. Cualquiera que se acerque a ella encontrará elementos sobrados para considerar justificada y bien aprovechada su inversión. En todo caso no deja de ser un buen modo de recuperar la imagen de una época a la que tanto adeudamos: en estructuras políticas, en ideas, en sentimientos.

**Javier Martínez Contreras**

## Sobre la poesía hispánica de hoy\*

El Escorial fue la sede del curso que la Universidad Complutense de Madrid organizó y que ahora se nos presenta en forma de libro. Sin embargo, seis colaboraciones de otros tantos autores hispanoamericanos se han añadido a lo que fue exposición oral en el verano de 2003. Así, el título se corresponde más y mejor con las intenciones iniciales: analizar la poesía en lengua española

\* *Andrés Sánchez Robayna y Jordi Doce, eds., Poesía hispánica contemporánea. Ensayos y poemas, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2005, 364 pp.*